

Las Canciones en el Patíbulo

JAIME ROOS EN CONCIERTO. — Recital de Jaime Roos, con el acompañamiento de Jorge Trasante, Hugo Fattoruso, Osvaldo Fattoruso, Gonzalo Moreira y D. Márquez. Invitados especiales: Rumbo, Los que Iban Cantando y Jorge Galemire y su grupo. Amplificación: Ottonello. Palacio Peñarol, 4 de julio 1981.

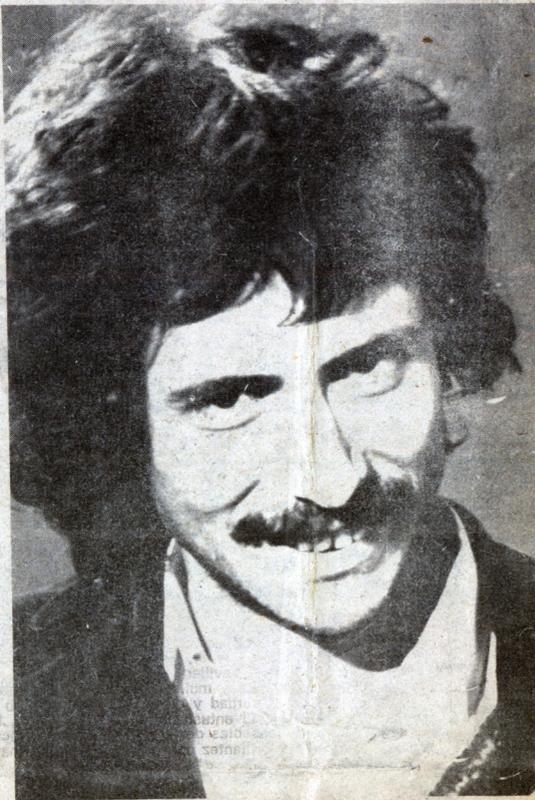
Debió ser uno de los principales recitales de la temporada. La expectativa previa tenía un fundamento, partiendo de la calidad de los músicos que se reunían en el Palacio Peñarol.

El protagonista, Jaime Roos, consiguió imponerse en nuestro medio, apoyándose exclusivamente en los tres larga duraciones editados en Montevideo (*Candombe del 31*, *Para espantar el sueño* y el reciente *Aquello*) y en Europa. Con fundamento, Roos pasó a ser una particular manera de expresión que retomaba experiencias pasadas, elaborando con ellas temas que recogían sus propias vivencias (principalmente en la época de *Candombe del 31*), y se hundían en las raíces de nuestra música negra. Cuando llega el segundo larga duración, el musicante se mostró con mayor madurez, con una intención firme y de vocación popular. Con *Aquello* (disco que merece comentario aparte) Roos muestra una conjunción de las aspiraciones iniciales con el rescate de problemas y vivencias colectivas, sumadas a una anunciada evocación de otros tiempos en confrontación con los actuales.

Y al lado de Roos estaban nada menos que Osvaldo Fattoruso en batería, el saludado Jorge Trasante en percusión, Hugo Fattoruso con su formidable manejo de los teclados, Márquez en el bajo y Gonzalo Moreira en guitarra. Es decir, se reunían músicos uruguayos que desde hace muchos —quizás demasiados— años están viviendo en otros países. Era algo muy especial. Cualquiera hubiera elogiado a esta empresa de antemano y no en vano la misma iba a reunir muchísimo público.

En efecto, el público estuvo en el Peñarol. Aún más: estuvo sentado en una noche fría durante más de tres horas y media, después de pagar entradas a un precio razonable para los costos del espectáculo que se iba a ofrecer, aunque bastante lejos de los costos normales. Pero estuvo sentado para observar un espectáculo terrible y que, en forma monótona y obstinada, se resumió en el enfrentamiento constante de los músicos con la amplificación. Durante la primera parte del espectáculo fue casi imposible escuchar de manera más o menos clara, los temas ejecutados (porque, realmente, marchaban al patíbulo) y desde la zona donde estaba sentado este cronista sólo se pudieron apreciar algunas inteligentes arremetidas de Hugo Fattoruso en "Y es así". Después de la nefasta producción inicial, cabía esperar algún ajuste, máxime cuando el mismísimo Jaime Roos pidió varias veces al encargado de amplificadores que bajara los volúmenes y redujera los tonos agudos.

Rumbo fue el primer invitado a subir y antes de que efectuara tres temas, estuvieron media hora probando micrófonos. Ahí la intolerancia lógica empezó a nacer en un público que se hizo sentir, gritos mediante. Y vinieron Los Que Iban Cantando, hicieron dos temas (vaya a saberse por qué razones no quisieron engan-



Jaime Roos: falló la amplificación

char con un tercero, a pesar de que el público los aplaudió más que a nadie) y le tocó el turno a Jorge Galemire y su grupo y el desastre se confirmó. Nadie entendió nada nuevamente. La vuelta de Roos y sus ilustres acompañantes nada pudieron con un tal Darío que estaba al comando del sonido. Cuando había terminado de actuar Rumbo, alguien en la tribuna popular de Magallanes gritó: "¡Me devolvieron 20 nuevos pesos!", cuando terminó el suplicio ese mismo inspirado vociferó "¡De vuelta me deben N\$ 80!". Guste o no, el señor tenía razón.

Hay un responsable directo y es el encargado de amplificar el espectáculo a nombre de la compañía Ottonello que, según pudo saber este cronista, sacó sus buenos dividendos esa noche. Pero lamentablemente también son responsables de este desastre, los productores y Jaime Roos que —según declaraciones de él mismo a este cronista— de antemano pudo advertir la que se venía. Y lo de "lamentablemente" corre porque tanto los productores como Roos estuvieron trabajando de manera conciente para conseguir los mejores resultados. La experiencia debe servir como advertencia porque se está jugando con la credibilidad y la confianza depositada por un público que siempre respalda con su entusiasmo estos espectáculos. No menos lamentable es que una crónica de música popular deba efectuarse en tono de historia triste que pasó justo cuando iba a desarrollarse uno de los recitales que mayor atención habían requerido previamente.

HENRY SEGURA